

**OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA DEL ARZOBISPO DE TOLEDO
FIESTA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE. 8 de septiembre de 2019**

Quiero saludarles, queridos hermanos en mi nombre y en el de mis hermanos obispos: el arzobispo de Mérida-Badajoz, don Celso; el obispo de Coria-Cáceres, don Francisco; el obispo de Plasencia, don José Luis; el obispo emérito de Segovia, don Ángel, nacido en esta parroquia de la Puebla de Guadalupe. Todos nos dirigimos a cuantos se encuentran en el Santuario de la Patrona de Extremadura, entre ellos las autoridades de esta Comunidad Autónoma, de Guadalupe y de aquellos que nos escuchan o ven en TV. Estamos en una fiesta tan singular y nos felicitamos con ello, porque nos permite haber llegado a la casa de la Virgen, la Reina de las Villuercas, Madre del Salvador, y celebrar cristianamente.

María está hoy en el gozo y la gloria de la Resurrección. Las lágrimas que derramó Ella al pie de la cruz se han transformado en una sonrisa que ya nada podré extinguir, permaneciendo intacta, sin embargo, su compasión maternal por nosotros. Lo atestigua la intervención benéfica de la Virgen en el curso de la Historia y no cesa de suscitar una inquebrantable confianza en Ella. Recuerden esa oración *Acordaos, ioh piadosísima Virgen María!, que tantos y tantos han dirigido a Nuestra Señora.*

Pero hoy celebramos su Nacimiento, tan trascendental, de Santa Ana y San Joaquín. Es fiesta en Extremadura y a ella le pedimos por sus habitantes, por sus problemas, por sus autoridades, por sus gentes de bien, que luchan por una mejor vida en esta tierra, que reivindica sus derechos y que se atiende a sus necesidades. Feliz fiesta, hermanos.

María de Guadalupe ama a cada uno de sus hijos, prestando una atención particular a quienes, como su Hijo en la hora de su Pasión, están sumidos en el dolor; los ama simplemente porque son sus hijos, según la voluntad de Cristo en la cruz. Hay un salmo en el que autor sagrado, vislumbrando de lejos este vínculo maternal que une a la Madre de Cristo con el pueblo creyente, profetiza a propósito de la Virgen María que “los pueblos más ricos buscan su sonrisa”. Es el Salmo 45,13. Se trata de un salmo real con sentido mesiánico que tal vez no tenía originariamente, pero que la Carta a los Hebreos (1,18-19) cita sus vv. 7-8 (Tu trono, oh Dios, permanece para siempre, cetro de rectitud es tu cetro real, etc. La sonrisa que buscan los pueblos más ricos es también el favor de la Madre de Cristo.

De este modo, nosotros, los cristianos, movidos por la Palabra inspirada de la Escritura, hemos buscado siempre la sonrisa de Nuestra Señora, esa sonrisa que los artistas desde la Edad Media han sabido representar y resaltar tan prodigiosamente como en caso de nuestra sagrada imagen, pequeña y morenita.

Este sonreír de María es para todos, pero se dirige muy especialmente a quienes sufren, para que encuentren en Ella consuelo y sosiego. Buscar la sonrisa de María no es sentimentalismo devoto o desfasado, sino más bien la expresión justa de la relación viva y profundamente humana que nos une con la de Cristo nos ha dado como Madre. Desear contemplar la sonrisa de la Virgen no es dejarse llevar por una imaginación descontrolada. La Escritura misma nos la desvela en los labios de María cuando entona el *Magnificat*: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador” (Lc 1,46-47).

Cuando la Virgen María da gracias a Dios nos convierte en testigos. María, anticipadamente, comparte con nosotros, sus futuros hijos, la alegría que vive su

corazón, para que se convierta también en la nuestra. Cada vez que recita el *Magnificat* nos hace testigos de su sonrisa. En la sonrisa que nos dirige aquí, en Guadalupe, la más destacada de todas las criaturas del Señor, se refleja nuestra dignidad que nunca abandona a quienes están enfermos, necesitados de esperanza y de acogida de madre que recibe con amor a quienes llegan cansados del camino, para encontrar paz en el corazón. Esta sonrisa de la Virgen de Guadalupe, reflejo verdadero de la ternura de Dios, es fuente de esperanza inquebrantable, hoy y el futuro Año Jubilar Guadalupense.

Sabemos que, por desgracia, el sufrimiento que a veces sufrimos los cristianos rompe los equilibrios mejor asentados de una vida; socava los cimientos fuertes de la confianza, llegan incluso en ocasiones a desesperar del sentido y del valor de la vida. En esta situación, el combate contra la desesperanza o la desilusión no podemos afrontarlo por sí solos, sin la gracia divina. Hace falta algo más que palabras alentadoras o palmaditas en la espalda. Es necesaria una presencia amorosa; buscamos entonces no sólo la cercanía de los parientes o de aquellos a quienes nos unen lazos de amistad, sino también la proximidad de los más íntimos por el vínculo de la fe.

Y ¿quién más íntimo que Cristo y su Santísima Madre, la que Virgen Reina de la Hispanidad, la reina de Extremadura? Nadie más capaces de entendernos y apreciar la dureza de la lucha contra el mal y el sufrimiento. De Cristo la Carta a los Hebreos dice que Él no sólo “no es incapaz de compadecernos de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros” (4,15). Respecto a la Santísima Virgen, quisiera decir que a los que sufren y a los que luchan, y están tentados, por ello, de dar la espalda a la vida, involuos a María de Guadalupe! En la sonrisa de la Virgen está misteriosamente escondida la fuerza para continuar la lucha contra la enfermedad y a favor de la vida, contra la melancolía y esos sufrimientos que nosotros mismos nos proporcionamos o nos llegan por tantas causas, entre las que está sin duda el pecado. También junto a Ella se encuentra la gracia de aceptar sin miedo ni amargura el dejar este mundo, a la hora que Dios quiera.

Buscar la sonrisa de Santa María de Guadalupe es también orar por nosotros, los nuestros y los demás. Hay mucho por lo que pedir. Y no es infantilismo espiritual. Es que “los más ricos del pueblo buscan tu sonrisa”, del Sal 45,13. “Los más ricos” se entiende en el orden de la fe como los que tienen mayor madurez espiritual y saben reconocer precisamente su debilidad y su pobreza ante Dios. En una manifestación tan simple de ternura como la sonrisa, nos damos cuenta de que nuestra única riqueza es el amor que Dios nos regala y que pasa por el corazón de la que ha llegado a ser nuestra Madre, Virgen de Guadalupe.

Buscar esa sonrisa de la Virgen es ante todo acoger la gratuidad de su amor, pues el amor de Dios es gratis. Pero también podemos y debemos provocar en Ella esa sonrisa cuando con nuestros esfuerzos queremos vivir la vida cristiana, según la Palabra de su Hijo amado, porque es hacer brotar la sonrisa de la madre haciendo lo que a ésta le gusta. Y ya sabemos lo que le agrada a María por las palabras que dirigió a los sirvientes de Caná: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5).

La sonrisa de María es una fuente de agua viva. “El que cree en mí –dice Jesús– de sus entrañas manarán torrentes de agua viva” (Jn 7.38). María es la que ha creído, y, de su seno, han brotado ríos de agua viva para regar la historia de la

humanidad. De su corazón de creyente y de Madre brota un agua viva que purifica y cura.

En la liturgia de la Virgen de los Dolores (15 de septiembre), se honra a María con el título de “Fuente de amor”. En efecto, del Corazón de María brota un amor gratuito que suscita como respuesta un amor filial, llamado a concretarse en cada uno de nosotros constantemente. Como toda madre, y más que toda madre, María de Guadalupe es educadora del amor a tantos y tantos de sus hijos que llegan aquí, para beber en la “Fuente del amor” y para dejarse guiar hacia la única fuente de salvación, su Hijo, Jesucristo, el Salvador”. Santa María de Guadalupe, ruega por nosotros.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo. Primado de España